

ban de la suerte de la República y se proponían salvarla, reuniéndose á declamar sobre este tema en casa de un tal Demerville. Un miserable, á quien se confiaron, se brindó á servir de instrumento de un complot contra la vida de Bonaparte, yendo en seguida á denunciarlos á Fouché, el cual asió por los cabellos, como suele decirse, la ocasión que se le venía á las manos de asustar al país con la amenaza de una nueva invasión del jacobinismo. En su consecuencia, hizo que concurrieran á casa de Demerville agentes de policía, recomendados por el falso amigo como fervientes patriotas. La conspiración se formalizó aparentemente, y, por fin, se convino en dar el golpe en la Opera el día diez de Octubre. La existencia del primer Cónsul no corrió mucho peligro, porque, de los conjurados de buena fe, no se presentaron en el teatro sino Ceracchi y Arena, y éstos sin armas. Los prendieron en el acto, y casi todos sus compañeros fueron detenidos sucesivamente en los respectivos domicilios.

A este complot, que, á pesar de los buenos oficios de la policía y no obstante las tristes consecuencias que tuvo para sus autores, como pronto vamos á ver, había carecido de verdadera importancia, siguió á los dos meses un gravísimo atentado. El veinticuatro de Diciembre, en efecto, al dirigirse Bonaparte á la Opera para asistir á la primera audición del oratorio de Hayán, la *Creación*, en el momento de promediar la estrecha calle de San Nicasio, se encontró casi obstruido el paso por una pequeña carreta, colocada en medio de la vía. El cochero evitó el obstáculo con gran destreza, fustigando á los caballos, que salieron á escape; pero no bien habían doblado uno de los ángulos que forma la calle, resonó un formidable estampido: era un barril cargado de pólvora y metralla que se había hecho saltar. La fuerza de la explosión fué tanta, que levantó el coche en peso y las paredes de cuarenta y seis casas se cuartearon. Cuatro personas quedaron muertas en el acto, y unas sesenta recibieron heridas más ó menos graves. El primer Cónsul, salvado milagrosamente, no quiso retroceder, y se presentó en la Opera, donde, sabiéndose ya lo ocurrido, le dispensaron una calurosa ovación. Estuvo breves instantes en el teatro, afectando impasibilidad, aunque en la inquietud de sus miradas se leía el estado de agitación de su espíritu, y en seguida se hizo conducir otra vez á las Tullerías.

Bonaparte, arrebatado de ira, se dispuso á tomar cruel venganza de los jacobinos, de los terroristas, como llamaba á sus antiguos correligionarios, á cuya cuenta cargaba el atentado, por más que no tuviese prueba alguna que justificase su creencia. Fouché estaba cierto de que el golpe procedía de los realistas y no de los republicanos; pero, deseoso de complacer á su amo, como en nada reparaba su alma baja é innoble, lanzó á sus esbirros contra las personas conocidas por su fidelidad á los principios de la Revolución, deteniéndolas en gran número. Se relacionó insidiosamente el atentado con varias conspiraciones republicanas, algunas muy problemáticas, y en particular con el complot de Ceracchi y Arena. Bonaparte quería fusilar á quince ó veinte de los sospechosos, sin for-

mación de causa, sólo para escarmentar á los jacobinos y deportar á más de doscientos; y aunque al sostener osadamente en el Consejo de Estado su resolución declaró le almirante Truguet, con viril entereza, que los mayores facinerosos no estaban en el partido revolucionario y que era muy extraño se usase de tanto rigor con los patriotas mientras se halagaba á los nobles, á los emigrados y á los sacerdotes que no cejaban en su propaganda facciosa contra las leyes de la República; á pesar de esto, repetimos, el primer Cónsul dió un decreto, que sometió por fórmula á la sanción del Senado, donde tuvo poca oposición, en cuya virtud el gobierno condenó á ser deportados á más de ciento treinta individuos, que no cometieron otro crimen que el de ser consecuentes con sus ideas. Este abuso de poder se completó con otro no menos arbitrario, pero más terrible y monstruoso. Ceracchi, Arena, Tapino Lebrun y Demerville fueron sentenciados á muerte. El mismo día de la ejecución de estos desgraciados, Fouché presentaba á los cónsules un informe denunciando á los autores de la máquina infernal, nombre con que se designaba el barril de pólvora que se había hecho estallar en la calle de San Nicasio. La idea del atentado se le había ocurrido á Jorje Cadoudal, el cual, habiendo vuelto de Londres, á donde se trasladara después de la terminación de la guerra civil, estaba en el Morbihan dirigiendo en secreto los actos de bandidaje á que se entregaban los restos de las antiguas partidas de chuanos, y los ejecutores materiales del hecho fueron dos sicarios de Jorje, llamados Limoelán y Saint-Reján, enviados por aquél á París para asesinar al primer Cónsul. A Saint-Reján y Limoelán se había agregado un tal Carbón, de la misma laya que ellos. Este último fué el primero á quien se detuvo, y por sus declaraciones se vino en conocimiento de la verdad entera; á Limoelán no se le pudo echar mano, porque había huído al extranjero, mas sí á Saint-Reján, que subió al cadalso con su cómplice Carbon. El descubrimiento de los verdaderos culpables no cambió la suerte de los proscriptos republicanos; pues, no obstante estar comprobada su inocencia antes de salir de Francia, no dejó de embarcárseles con destino á la Guyena.

El diez de Diciembre de mil ochocientos habían reanudado las Cámaras sus tareas, y el gobierno les fué presentando diferentes proyectos de ley, encaminados á robustecer el poder consular con detrimento de las públicas libertades. Uno de ellos, que reducía á tres mil seiscientos los seis mil juzgados de paz establecidos por la Constituyente, y otro, que modificaba los procedimientos criminales y los tribunales de policía correccional, pasaron fácilmente; pero, en cambio, se combatió con gran energía, así en el Tribunado como en el Cuerpo legislativo, la proposición de crear tribunales especiales, so pretexto de reprimir los robos y asesinatos en los caminos. En esos tribunales de excepción se violan casi siempre las formas de la justicia, y en el Tribunado, Daunou, Guinguené y Benjamin Constant demostraron cuán atentatorios eran al derecho y la libertad. El proyecto sólo obtuvo en dicha Cámara ocho votos de mayoría, y en el Cuerpo legislativo, á pesar de

la composición más conservadora de esta asamblea, se contaron en contra hasta ochenta y ocho. Los diarios oficiosos de la época llenaron de injurias é improperios á los adversarios de la proposición, y Bonaparte desahogó en alta voz su mal humor, oyéndosele decir que, si se le negaban los medios de restablecer el orden, suprimiría el Tribunado y el Cuerpo legislativo, para gobernar por medio de decretos consulares.

Entre otros asuntos importantes á que el gobierno consagrara su atención, debemos citar el relativo al Código Civil. Bajo el antiguo régimen, había en Francia, como sabemos, las provincias llamadas de derecho escrito y las llamadas de derecho consuetudinario: las primeras se regían por el derecho romano; las segundas, por las costumbres feudales. La Constituyente había tratado de remediar la confusión que de aquí se originaba, declarando que en adelante las relaciones privadas entre los ciudadanos se reglarían en toda Francia por un cuerpo de leyes uniforme que llevase el título de Código Civil; pero ni ella ni la Asamblea legislativa pudieron acometer esta obra inmensa. Intentó realizarla la Convención, y la impulsó bastante; mas al ser disuelta, aun no la había concluido. El Consulado se propuso emprenderla de nuevo.

Habiase nombrado á este efecto, á fines de mil ochocientos, una comisión encargada de redactar un nuevo proyecto de Código Civil, siendo designados para formarla Tronchet, Bigot de Preameneu, Malleville y Portalis, conocidos por sus sentimientos monárquicos y conservadores. Redactado el proyecto, se pidió informe acerca de él al Tribunal de Casación y á las Audiencias, donde también abundaban los hombres adictos al antiguo régimen, y después se discutió largamente en el Consejo de Estado. El primer Cónsul se complacía en tomar parte en los debates; sin embargo, aunque sus panegiristas hayan supuesto otra cosa, generalmente las ideas que emitía sólo llamaban la atención por su carácter extravagante y retrógrado y el lenguaje de cuartel en que las expresaba. El Consejo desplegó tal actividad que, en Noviembre de mil ochocientos uno, hallábase completamente terminado el primer libro del Código y en disposición de ser sometido á las deliberaciones de las Cámaras, que ya veremos cómo lo recibieron.

No le pareció bastante al primer Cónsul haber creado una administración fuertemente centralizada, inundando á Francia de prefectos y subprefectos; en su afán de intervenirle todo, de dirigirlo todo, de hacerlo todo, mandó á los departamentos á algunos consejeros de Estado en quienes tenía plena confianza, invistiéndoles de carácter semejante al de los *Missi dominici* de la época de Carlo Magno: su misión consistía en informarle acerca de la manera cómo se ejecutaban las leyes nuevas, del celo, inteligencia y adhesión de los funcionarios, del estado de la opinión y de las necesidades del país. Se ha elogiado este sistema por lo mucho que favoreció el desarrollo de los intereses materiales; pero los beneficios del despotismo no compensan los males de que van acompañados. Cuando los pueblos abdican su iniciativa y su voluntad en manos del Estado-providencia-y, más

aún, de un hombre providencia, se condenan á la mísera condición del ciego, que, faltándole el guía, no acierta á dar un paso. Se exponen, además, á que el dueño del poder absoluto, sobre todo si lo ejerce á título precario, desvirtúe á menudo las medidas más saludables para convertirlas en instrumentos de dominación, y aquí está el secreto del favor con que las leyes rentísticas del Consulado miraban á algunas clases de acreedores, lastimando los legítimos intereses de otras, como igualmente el de la preferencia otorgada á ciertas obras públicas sobre otras de utilidad mucho mayor. Así, por ejemplo, las carreteras y caminos interiores estaban intransitables y era bien poco lo que se hacía para mejorarlos; pero, en cambio, se construía, sin economizar gasto alguno y anunciando la empresa á golpe de bombo, la magnífica vía del Simplón, para tener expeditas las comunicaciones con Italia.

La política cada vez más reaccionaria, autoritaria é invasora de Bonaparte traía disgustados á algunos, habiendo quienes, habituados á mirar con profundo menosprecio las gentes y cosas de la Iglesia, no se resignaban á sufrir la influencia de los sacerdotes. En el ejército de Italia estaba muy extendido este espíritu de insubordinación religiosa, y Lannes y Augereau, entre otros, reprocharon con bastante acritud y en términos soldadescos á su antiguo compañero de armas sus novísimas aficiones clericales. Sin embargo, por este lado poco tenía que temer el primer Cónsul, que procuró sofocar las murmuraciones y quejas de los disidentes, mandando á Lannes á la embajada de Portugal y ordenando á Augereau que fuese más circunspecto en lo sucesivo. De otra índole y más hondo, aunque se manifestase menos ruidosamente, era el descontento que había en el ejército del Rhin, cuyos oficiales, más liberales é instruidos, por regla general, que los del ejército de Italia, siendo sinceramente adictos á las instituciones republicanas, contemplaban con pena su ruina; mas, á pesar de todo, su desaprobación no se daba á conocer sino en la reserva y frialdad de su actitud. Análogamente procedía Moreau: nada satisfecho de la marcha de los negocios, pero temiendo que se achacase su disentiimiento á rivalidad ó ambición personal, se contentó con retraerse, dejando escapar rara vez alguna que otra palabra de censura y oponiendo la dignidad sencilla y noble de su vida á las postizas magnificencias de la corte consular. En el Tribunado y en el Cuerpo legislativo, contaba la oposición con voces elocuentes y cierto número de votos; mas no aspiraba ni á recoger el poder ni á paralizar su acción, sino tan sólo á contener sus demasías; no trataba de sujetarlo á nuevas leyes, y sí únicamente á hacerle respetar las que eran obra suya y había jurado cumplir. En fin, Sieyes, aburrido en medio de su ociosidad opulenta y considerándose rebajado con el papel de comparsa que se comprometiera á desempeñar, se desquitaba del fastidio y enojo que le producían las sesiones del Senado condenando la conducta del gobierno en sus conversaciones privadas con Garat, Cabanis, Volney y otros miembros de aquella asamblea, más dignos ó consecuen-

tes que la mayoría; las censuras, no obstante, de este pequeño grupo apenas eran otra cosa que un pasatiempo inofensivo. De todo lo cual resulta que si había elementos más ó menos refractarios á la política imperante, no existía cohesión entre ellos ni estaba animado ninguno de sentimientos de hostilidad sistemática, lo que no era óbice para que Bonaparte se sintiese mortificado en su orgullo y contrariado en sus propósitos, pues quería que en la sociedad sólo hubiese admiradores de sus actos y en los organismos del Estado simples ejecutores de su voluntad. Le molestaba principalmente la actitud de silenciosa protesta del ejército del Rhin y la oposición que encontraban algunos de sus proyectos en el Tribunado y en el Cuerpo legislativo, no por infructuosa en la generalidad de los casos menos irritante para su amor propio, y en su vista, resolvió á desviar estos obstáculos de su camino usando de la astucia ó empleando la fuerza, según las circunstancias se presentaran. La expedición de Santo Domingo le permitió librarse de la incómoda presencia del ejército del Rhin, y en cuanto al Tribunado y el Cuerpo legislativo, pronto se halló el medio de reducirlos á la impotencia.

La pérdida de Egipto sugirió á Bonaparte la idea de recobrar la isla de Santo Domingo, de que parte pertenecía á Francia desde mil seiscientos noventa y siete y la otra había sido cedida á la República por el gobierno español en mil setecientos noventa y ocho. Con esto, con la adquisición de la Luisiana y los nuevos territorios que en lo porvenir pudiera someter á su autoridad, pensaba aquel fundar en América un poderoso imperio colonial. Santo Domingo, á consecuencia de los trastornos nacidos de la cuestión de la esclavitud, estaba emancipado de hecho de la metrópoli, y habiendo sido salvado de la horrorosa anarquía en que cayera por la mano inteligente de Santos Louverture, negro cuyo genio rehabilitara á su raza, entraba en un período de paz y florecimiento. Louverture restableció el orden y la disciplina de la civilización entre aquellos esclavos sublevados, en quienes, borrada toda noción de obediencia, reaparecían rebeldes é indómitos los instintos de salvajismo, y últimamente había convocado una asamblea, que redactó una constitución republicana, la cual fué enviada al primer Cónsul para su ratificación, porque Louverture no se negaba á reconocer la soberanía de Francia, mas sólo á modo de protectorado ó tutela, no de dominación efectiva.

Tal era la situación de la isla cuando Bonaparte se decidió, contra el parecer de todos los hombres competentes, á desencadenar sobre ella la devastación y la ruina, compañeras de una guerra implacable, mandando, para reducirla al estado de colonia completamente sometida, veinte ó veinticinco mil hombres bajo las órdenes del general Leclerc, que iba á mancillar su claro nombre con rigores inauditos, aunque no tan grandes como el primer Cónsul hubiera deseado, y á morir, víctima de la fiebre, en aquella tierra inhospitalaria. En esta ocasión se demostró una vez más la doblez é hipocresía de Bonaparte: á Inglaterra, cuyos recelos no quería despertar, le dijo, en una nota firmada por Talley-

rand, que el gobierno francés era impulsado á expedición «menos por consideraciones derivadas de las necesidades de la Hacienda ó del comercio que por la precisión de ahogar en todas las partes del mundo cualquier especie de germen de inquietud y perturbaciones», agregando que, «si hubiese consentido la organización de Santo Domingo, *el centro del Nuevo Mundo habría caído tarde ó temprano en manos de los negros;*» á Santos Louverture, en cambio, le colmaba de elogios, llamábale ciudadano ilustre y le daba á entender que únicamente se trataba de modificar algunos artículos de la Constitución, contrarios á la dignidad y á la soberanía de Francia; por último, de las instrucciones comunicadas á Leclerc, que no se han publicado, puede formarse idea por las siguientes recomendaciones que le hizo más adelante: «Seguid exactamente mis instrucciones, y cuando os hayáis deshecho de Santos, Cristóbal, Dessalines y los principales bandidos, y las masas de negros estén desarmadas, embarcad para el continente á todos los negros y hombres de color que hayan tomado parte en las revueltas civiles.

Se ha dicho que Bonaparte, al enviar á Santo Domingo el ejército del Rhin, estaba seguro de que perecería en la isla. Sin embargo, faltan datos que corroboren esta acusación, siendo sólo evidente que aprovechó la oportunidad que se le presentaba de alejarlo de Francia. En lo tocante á la empresa en sí misma, la conceptuaba realizable, aunque llena de dificultades y peligros. De cualquier modo, aquel glorioso ejército sucumbió por culpa de Bonaparte, á causa de su imprevisión y de su terquedad, en una aventura inicua por su fin, odiosa por sus medios y vergonzosa y funesta por sus resultados, como dice Lanfrey. La principal división naval, formada en Brest se hizo á la vela el catorce de Diciembre de mil ochocientos uno, siguiéndola otras con corta distancia, de suerte, que á fines de mes, estaba navegando toda la expedición. Los ingleses enviaron una escuadra de observación detrás de la francesa.

Ya por entonces se preparaba el primer Cónsul á concluir de una manera ú otra con la oposición del Tribunado y el Cuerpo legislativo, cuyos actos cada día le exasperaban más. Abierta la tercera legislatura el veintidós de Noviembre, lo primero que hizo el Cuerpo legislativo fué elevar á la presidencia á Dupuis, el autor del *Origen de los cultos*, elección que naturalmente se estimó como una protesta contra el Concordato. Al mismo tiempo, en la otra Cámara, en los debates acerca de los recientes tratados de paz, se promovían acaloradas discusiones, con motivo de la palabra *súbditos*, aplicada en el franco-ruso á los ciudadanos franceses, y de la obscuridad con que se había redactado la cláusula en que aquel término se empleara y que era poco tranquilizadora para los refugiados polacos. Los oradores se expresaron con gran vehemencia y se estuvo á punto de desechar el tratado, que se aprobó únicamente por amor á la paz, según la expresión de Guinguené. «Los tribunales son *perros* que encuentro siempre en mi camino,» dijo el primer Cónsul, cuya cólera excitó aún más el acuerdo recaído á los pocos días en ambas Cá-